Lois Valsa

En la estela de *Suite francesa*

En torno a: Irène Némirovsky, *Los fuegos de otoño*, tr. J. A. Soriano Marco, Salamandra, 2020.

¿Ves? Son los fuegos de otoño. Purifican la tierra. La preparan para las semillas. Vosotros sois jóvenes. Esos fuegos no han ardido aún en vuestras vidas. Pero se encenderán y devorarán muchas cosas

(Señora Pain, personaje de la novela).

Iréne Némirovsky (Kiev, 1903- Auschwitz, 1942), hija única de una acaudalada familia que había huido de la revolución bolchevique para establecerse en París en 1919, había recibido una educación exquisita pero padecido una infancia infeliz y solitaria. Luego obtuvo una licenciatura en Letras en la Sorbona pero su precoz carrera literaria ya se había iniciado en 1921 con la publicación del texto *Nonoche chez l'extralucide* en la revista bimensual *Fantasio*. Pero su salto a la fama se produjo en 1929 con su segunda novela, *David Golder*, la primera que vio la luz en forma de libro. Así se convertiría en una de las escritoras de mayor prestigio de Francia, elogiada por personajes de la talla de Jean Cocteau, Paul Morand, Robert Brasillach y Joseph Kessel. Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial marcó trágicamente su destino. Denegada en varias ocasiones por el régimen de Vichy su solicitud de nacionalidad francesa, fue deportada y murió asesinada en Auschwitz en 1942, igual que su marido Michel Epstein. Tuvieron que pasar 60 años para que volviese al primer plano de la actualidad literaria por el gran éxito de su novela *Suite francesa*, su obra cumbre, descubierta casualmente por sus hijas, que fue publicada en 2004 y galardonada a título póstumo con el premio Renaudot, entre otras muchas distinciones. Todas sus novelas han sido publicadas en español por la editorial Salamandra y han sido traducidas a 39 idiomas. Estamos, pues, ante una autora que se sitúa entre los grandes escritores del siglo XX, equiparable a los grandes maestros franceses, e incluso rusos, anteriores. Esta obra es una obra cumbre, un baluarte literario contra la intolerancia y el fanatismo, que cautivó al mundo con su retrato inmisericorde de la sociedad francesa de entreguerras.

En *Los fuegos de otoño*, la novela que ahora estoy reseñando, Irène Némirovsky compone de nuevo un sensacional fresco narrativo del envilecimiento de la burguesía parisina durante aquel vertiginoso proceso de entreguerras. Escrita en la primavera de 1942, al mismo tiempo que *Suite francesa* y pocos meses antes de la muerte de la autora, y publicada a título póstumo en 1957, sobrevivió milagrosamente a los estragos del nazismo. Sin embargo, el reciente descubrimiento de una copia de la novela con abundantes correcciones suyas le confiere un valor adicional incalculable. Con una "nota del editor francés", en la publicación de la editorial Salamandra, se aclara al final de la novela que la escritora la finalizó en la primavera de 1942, y que la novela fue publicada póstumamente en 1957 por la editorial Albin Michel. Pero también se aclara que en el IMEC (Institut Mémoires de l'Édition Contemporaine) se conservan dos versiones mecanografiadas de la obra. Una de ellas fue la base del libro publicado en 1957; la otra contiene correcciones a mano de la autora. La presente edición parte de ese segundo texto, producto de una relectura de la autora, que introdujo supresiones, adiciones y modificaciones, sustanciales en algunos casos. Olivier Philipponnat, biógrafo de Némirovsky, y Teresa Manuela Lussone, que dedicó su tesis de licenciatura a la novela, han elaborado esta nueva edición, conservando no obstante tres capítulos de la primera parte (quinto, sexto y noveno) que la autora quería eliminar, pero que permiten al lector contemporáneo comprender mejor los desastrosos efectos de la guerra de 1914-1918.

Con esta novela estamos, pues, ante un relato humano e incisivo sobre las dos grandes guerras del siglo XX: ambientada en el París febril y disoluto de entreguerras, está dividida en tres partes. La primera parte abarca el periodo de 1912 a 1918, la segunda parte abarca de 1920 a 1936 y la tercera parte cubre el periodo de 1936 a 1941. En ellas nos muestra un fresco humano y social en el que reina la corrupción moral de unos personajes que se entregan al éxito fácil y al envilecimiento. La novela no solo es un retrato íntimo de unos hombres y mujeres en busca de una libertad imposible, sino también una semblanza implacable y sobrecogedora de una clase social, la burguesía, presa de sus costumbres y privilegios. Las guerras van a volver irreconocibles a esos personajes, amigos y familiares, en una sociedad corrupta. La obra abunda así en una crítica corrosiva de la burguesía y de la pequeña burguesía en un momento en que los negocios turbios dominan esa sociedad. La autora conocía bien ese mundo de banqueros ya que había sido criada en un ambiente familiar así, en el que se daban arribistas sin escrúpulos al tiempo que personajes desclasados, ambiciosos, y también sin escrúpulos. Muchos de esos personajes turbios aprovecharon sin el más mínimo pudor los negocios y la política en esos años vertiginosos y amorales de entreguerras. Estamos, pues, ante un crudo y feroz retrato de esa sociedad francesa de entreguerras. En unos años de profunda corrupción muy bien narrados y descritos en la magnífica novela *Nos vemos allá arriba* (2014, primer volumen de una soberbia trilogía, *Los hijos del desastre,* consagrada al periodo de entreguerras, y también publicada por Salamandra) del ya conocido y reconocido escritor Pierre Lemaitre (París, 1951).

La primera parte de la novela, que abarca desde 1912 hasta 1918, comienza en la casa familiar de unos pequeños rentistas parisinos, los Brun, en una atmósfera tranquila y placentera propia de ese mundo pequeño-burgués. En un pequeño comedor de una casa de un barrio populoso, cerca de la Gare de Lyon, disfrutan de una buena comida, para, más tarde, darse un paseo por los Campos Elíseos. Allí, "sentadas en sus sillitas de hierro, las familias veían pasar a los príncipes, los millonarios y las grandes cortesanas" (página 20). Luego, en una merienda en un café, la autora nos presenta un conjunto más amplio de personajes: los

Brun, los Jacquelain, los Humbert y Raymond Détang. Némirovsky desde el principio ya nos muestra sus enormes capacidades psicológicas, tanto en la narración como en sus descripciones. En el capítulo dos ya se barrunta la guerra, la Primera Guerra Mundial, que va a desmoronar ese tranquilo universo burgués. Al final, Bernard Jacquelain regresa de las trincheras con una medalla. Y, a partir de ahí, nos va a contar sobre todo la historia de dos "cachorros" de esas familias pequeñoburguesas, los Brun y los Jacquelain. Estos personajes se volcarán en el éxito fácil y el afán de enriquecerse saltándose cualquier norma o ley: "Ganó un millón con los suministros de guerra, un millón…Dos, diez, veinte millones…Hay gente que gana millones mientras nuestros hijos... No son buenos franceses, no son patriotas... Pero... el dinero..." (página 69). El dinero y la diversión, una palabra que a la pequeña burguesía le había parecido casi malsonante en cualquier época, se mostraba sin pudor en muchos barrios parisinos. Había nacido incluso un lenguaje nuevo en el que ya no se reconocía al pueblo francés ni siquiera en su argot de 1900.

La segunda parte de la novela, que abarca desde 1920 hasta 1936, comienza con la celebración en Ginebra de la solemne asamblea inaugural de la Sociedad de Naciones formada por cuarenta y un estados. El cachorro enriquecido Raymond Etang, a su regreso de Estados Unidos, se había introducido en Francia en un clan político y financiero que tenía un punto de vista que no coincidía con el del hombre de la calle sobre cómo tratar a esa Sociedad de Naciones. ¿Con ironía o con entusiasmo? ¿Como una panacea universal o como un mal menor? Porque los Détang hacían su guerra de conquista paso a paso en aquel mundo de entreguerras, en aquel periodo desquiciado y corrupto, en el que no había sociedad sino una inmensa feria al aire libre en la que entraba quien quería y en el que ni siquiera era necesario ocultar los propios orígenes, como en los viejos y buenos tiempos. Durante la guerra no había sido el momento de ganar dinero, pero ahora se trataba de ganar sin ningún pudor la mayor cantidad de dinero en el menor tiempo posible. Hombres y mujeres cogían y recogían sin pensar si estaba bien o mal, aprovechando aquellos tiempos sin escrúpulos. "Ahora era el momento del dinero… Se hacía dinero con todo y con nada. Recomendaciones, tratos de favor, arbitrariedades, una comida con gente de la Bolsa, un piso libre que se encuentra, un anuncio que se pone, una casa de campo, un cuadro, un coche que se revende..." (página 135).

La tercera parte de la novela, que abarca desde 1936 hasta 1941, comienza con el negocio de las piezas de avión, iniciado en 1936 pero que no dio frutos hasta pasados dos años. Esos asuntos se ventilaban en la Cámara con la coartada del bien de la industria aeronáutica francesa que se había quedado anticuada. Mostrando en todo momento el chauvinismo francés: el genio francés. Siempre la mezcla del negocio y de la política en un momento en que la guerra parecía inminente hasta que llegó la declaración de guerra. "Lo espantoso, lo inhumano de aquella guerra, pensaba por su parte la señora Jacquelain, era que regresabas al pasado como solo era posible en los sueños, o tal vez en la otra vida, en lo que cabía imaginar que era el infierno" (página 207). Perdía a Bernard dos veces porque era su hijo el que volvía al frente destinado en una pequeña ciudad de Lorena, fría y gris. También lo perdía su sufrida esposa Thérése. Precisamente la escritora nos muestra muy bien la soledad del personaje sobre todo en un momento en el que se entera de la muerte de su hijo, Yves, en un accidente mortal de avión. Al tiempo, el ejército francés sufre derrota tras derrota, en Flandes, en Dunkerque, a orillas del Aisne, y los militares ya no se hacían ilusiones porque sabían que el ejército estaba perdido. Bernard Jacquelain era un oficial en retirada con diez hombres entre los insultos o la indiferencia de los civiles. Y el ejército alemán avanzaba sobre París y

Bernard fue hecho prisionero y llevado a Alemania. En París había mucha miseria y Thérèse, con dos hijas, cobraba el subsidio como mujer de un prisionero. La novela acaba bien: por fin volvió Bernard y pudieron estar juntos.

Con esta obra, Irénè Nemirovsky logra, además de un auténtico retrato social de ese periodo de entreguerras, de la corrupción de entreguerras, "un relato humano e incisivo sobre las dos grandes guerras del siglo XX" (The New York Book Review). Pocos autores de los llamados "rescatados" han producido tal cantidad de estudios, artículos, biografías y literatura crítica como ella. En esto se la podría comparar quizá solo con Stefan Zweig (Viena, 1881- Petrópolis, 1942). También se parecían en que ambos eran judíos y en que ambos fueron *bestsellers* en su época y también ahora. Por otra parte, ambos también simbolizarían la persecución sin piedad a la que serían sometidos los suyos durante el nazismo y la Segunda Guerra Mundial. Zweig, como ya se sabe, acabaría suicidándose en Petrópolis, en Brasil, temiendo por el futuro de su hogar europeo ante el avance del nazismo. Némirosvsky, antes de instalarse en Francia, ya había tenido que huir, junto a su acomodada familia, de la Revolución Rusa. Luego, sería detenida en el pequeño pueblo de Yssy-L'Évêque, donde se había refugiado con sus dos hijas pequeñas, y en julio de 1942 sería deportada y moriría en Auschwitz poco después. Mientras tanto no había dejado de escribir sin parar las que serían sus dos obras maestras destinadas a la posteridad. Una, la famosa *Suite francesa*, que la devolvería a la fama 60 años después, y otra, esta que estoy reseñando. A la autora le gustaba reflejar en sus novelas los periodos convulsos y vertiginosos de la historia y las vidas de los jóvenes atrapados en dilemas morales en esos momentos tan destructivos.